

Miércoles 23 de Marzo de 2011 03:32

Discurso del presidente de la República Mauricio Funes en cena oficial ofrecida al Presidente Obama y su esposa

Buenas noches, señores, señoras, amigos, amigas.
Muchas gracias por acompañarnos.

Hoy El Salvador entero, no solamente el gobierno, no solamente quienes aquí estamos, todo el pueblo salvadoreño vive una jornada histórica, con su visita, la de la Primera Dama, Michelle Obama, sus hijas Malia y Sasha y su honorable comitiva.

En oportunidad de nuestra reunión privada, señor Presidente, le expresé –y ahora lo reitero- el orgullo que sentimos por haber sido uno de los tres países que usted ha escogido para reiterar el compromiso de su país y de su administración con la América Latina.

Es orgullo y es compromiso, como le dije, señor Presidente. Es orgullo porque la gran nación de América pone los ojos en nosotros, valora nuestros esfuerzos por construir una sociedad plenamente democrática, respetuosa de los derechos humanos, dispuesta a luchar contra la pobreza, a promover un fuerte proceso de crecimiento con equidad social y decidida a trabajar por la seguridad ciudadana, luchando contra la violencia y el crimen organizado.

Es también compromiso, porque su generosidad, que se manifiesta en su apoyo concreto a programas y acciones a emprender conjuntamente por nuestros gobiernos, nos obliga a actuar con diligencia y eficiencia y a promover el marco, social, jurídico y de seguridad necesario para el despegue definitivo de nuestro país.

Decía antes que esta jornada es histórica por sus ilustres visitas y, además, por la trascendencia de los acuerdos y compromisos asumidos, así como por el apoyo que Usted y su administración han expresado.

Breve descripción de lo que se ha enunciado en la conferencia de prensa

Señor Presidente:

Usted ha llegado a un país que hace dos décadas pudo superar una guerra civil y duros enfrentamientos sentando a la mesa del diálogo a los, hasta ese momento, enemigos irreconciliables.

La lección que aprendimos es que las diferencias, por mayores que sean, se diluyen en un espíritu de hermandad, unidad y búsqueda de consensos.

Esa lección me marcó a mi, personalmente, así como a toda la generación de la posguerra civil, que vimos la paz y la concordia como bienes superiores, como objetivos por los que luchar incansablemente.

En marzo de 2009, hace apenas dos años, el pueblo salvadoreño volvió a darnos una nueva lección, al votar masivamente por la alternancia política y el cambio.

Frente al miedo que se había pretendido instalar, el pueblo salvadoreño optó por su esperanza de sentar las bases de una nueva realidad, fundada en la paz, la justicia, la libertad –ya para todos y no para unos pocos- y el progreso material y espiritual de las grandes mayorías.

Soy absolutamente fiel a ese mandato de nuestro pueblo.

No visto colores partidarios, me he despojado de toda atadura política, económica y de grupos o sectores.

Yo no tendría la legitimidad moral de convocar a todos a la unidad y a trabajar exclusivamente por el interés común, si pretendiese utilizar mi investidura para favorecer a tal o cual sector o partido.

El Salvador, señor Presidente, es un país que desea cerrar definitivamente sus heridas, superar el atraso mediante el único camino que hace ese proceso posible: la democracia y el funcionamiento pleno de las instituciones.

Usted llega, señor Presidente, en un momento particular de nuestra historia. Hemos vivido una transición ejemplar, un traspaso ordenado del mando de un partido de derecha que había gobernado dos décadas, a un movimiento de izquierda que había abrazado desde los acuerdos de Paz el rumbo de la democracia y siempre había sabido respetar las decisiones soberanas del pueblo.

Fue una muestra de la madurez de la democracia salvadoreña. Madurez de quienes dejaban el poder y admitían el veredicto popular y madurez de quienes llegaban al gobierno.

Esa es la actitud que nuestro pueblo y mi gobierno reclaman hacia la oposición y el conjunto de las fuerzas políticas y sociales.

Es la madurez que requiere un país que quiere encaminarse definitivamente por la senda de la paz y la unidad.

El país al que usted ha llegado, señor Presidente, no cree en mesianismos ni en los voluntarismos de personas o de grupos. El país al que usted ha llegado cree en el diálogo, igual que lo hace este Presidente.

El pueblo quiere ver a sus líderes políticos, empresariales, sindicales y sociales sentados a la mesa de la unidad y la hermandad. Quiere ver en sus líderes y lideresas generosidad y ya no más enfrentamientos y descalificaciones que sólo pueden generar violencia. Quiere ver unidad para salir de la crisis.

Y mi gobierno, estimado amigo, señora Primera Dama, señores, señoras, se constituyó como gobierno de unidad, de concordia y estableció un programa sustentado en unos pocos pilares básicos:

El fortalecimiento de la democracia y las instituciones, así como de reglas claras que garantizan las inversiones y el desarrollo;

El comienzo de un nuevo modelo de gestión económica basado en la fuerza del sector productivo, en la lucha contra la pobreza, la equidad distributiva y la inclusión social;

La desideologización de las relaciones internacionales, la profundización de la integración centroamericana y el estrechamiento de los lazos con su país, los Estados Unidos;

y finalmente, en el combate decidido al crimen organizado y a la prevención de la violencia para alcanzar la paz definitiva del país.

No estamos solos en este camino, señor Presidente. Su presencia hoy en El Salvador es una muestra de su generosidad y de las expresiones permanentes de solidaridad y apoyo de la comunidad internacional, que ha comprendido que El Salvador puede ser un faro de democracia, paz y justicia en la región y en el mundo.

Señor Presidente, señora Primera Dama, honorables miembros de la comitiva norteamericana, amigos, amigas, señoras, señores:

Estamos felices por esta jornada que será histórica por muchas razones. En primer lugar, por la influencia positiva que ejerce esta visita del mayor líder mundial y los apoyos concretos que nos ha manifestado, no sólo a este gobierno, sino a todo el pueblo salvadoreño.

Y, además, por la estatura ética y personal del Señor Presidente, por su prédica que abre una puerta que hacía mucho por la que circulaba América: la de la relación estrecha entre la primera potencia mundial y nuestra Patria Grande, Latinoamérica.

El señor Presidente ha planteado el desafío de fortalecer los lazos entre el pueblo de su país y el pueblo latinoamericano y nosotros aceptamos ese desafío y desde nuestra posición nos comprometemos a profundizar la unidad centroamericana, que es nuestra meta primera y que será un aporte a la propuesta de su administración.

Vuelvo a agradecerle, señor Presidente, esta visita que nos enorgullece y nos llena de esperanzas.

Gracias por sus palabras de aliento, gracias por su generosidad.

Mañana usted visitará la tumba de nuestro Obispo Mártir y guía espiritual de la Nación, Monseñor Oscar Arnulfo Romero. Es un gesto que el pueblo salvadoreño valor y jamás olvidará. Por ello, quisiera hacerle entrega de un presente que encierra el valor de la imagen de Monseñor Romero y a la vez expresión del arte salvadoreño. (Entrega)

Muchas gracias nuevamente.

Gracias a todas y todos, que Dios los bendiga, que Dios bendiga al pueblo salvadoreño.